

—¡Diantre!—exclamó Breteuil.

—¿Y podéis creer que con otro?... jamás.

—Pero si yo lo he visto!—dijo la señora de Breteuil enojada por esa ceguera que juzgaba tan absurda, que no podía creer en su sinceridad.

Justino sacudió enérgicamente la cabeza.

—Habéis visto mal, querida señora:—dijo con énfasis,—¿queréis más? Lo huviere visto yo mismo y no lo creería. Rechazaría hasta el testimonio de mis propios ojos, si ese testimonio estuviera en contradicción con la aurora de inocencia que corona á tan adorable niña.

El señor Breteuil dió algunos pasos por el salón, con las manos en la espalda; después se volvió brusca-mente hacia Lignón, que, con la frente erguida, parecía desafiar á los elementos, y miró fijamente á este hombre confiado.

—Queréis saber lo que llegaréis á ser y os estará bien empleado?—le dijo lleno de ira—pues seréis....

—¡Caballero, estáis insultando á mi prometida!—exclamó Justino sin dejarle acabar.

Durante un instante hablaron los tres á la vez hasta que, al fin, comprendiendo que éste era el mejor medio de no entenderse, se callaron todos al mismo tiempo, con lo cual no adelantaban gran cosa.

Entonces, Lignón, cogiendo su sombrero, se inclinó delante de sus interlocutores, mientras uno miraba por la ventana y el otro á la chimenea, con idéntico mal humor; y salió con aire de triunfo.

—Y hemos olvidado hablarle del otro—exclamó la señora de Breteuil cuando la puerta se volvió á cerrar.

—¡Oh! ¡no importa!—replicó filosóficamente su esposo; ¡uno más ó menos que más da! ¡Ese infeliz

está predestinado! ¡En cuanto á ella, irá lejos, es seguro! ¿Os acordáis, querida, de la leyenda de Circe? Pues esta otra Circe moderna se ha contentado con cambiar á su futuro en un raro pajarraco, y no será ésta la última metamorfosis que le hará sufrir, si Dios les da vida.

## XV

Muy aventurado sería afirmar que Justino no tuviese con su suegra una explicación borrascosa. Así como en casa de Breteuil se hallaba plenamente vencido de la inmaculada inocencia de Norina, así también, al alejarse de sus amigos, entraba de lleno en su alma una duda que la atormentaba despiadadamente.

Reconocía que al hablarle de una diferencia surgida entre su amada y la de Breteuil, se le ocultó la causa de ese incidente. Este silencio no era muy favorable á la señora de Guerbois.

El pobre Lignón tomaba parte en una escena muy poco agradable para él. Si se quisiera pintar el estado de ánimo de la señora de Guerbois, al disculpar á su hija, no bastaría para ello el recuerdo de aquella vieja metáfora de la tigre que defendía ferozmente á sus cachorros.

¡Norina acusada de haber coqueteado! ¡Qué viperina lengua, qué monstruo de maldad había podido inventar tal calumnia? Pero ¡si no había más que mirarla para ver en sus turquesas la fuerza divina de aquel alma angelical!

El asalto fué formidable, y Justino parecía tan pensativo que su futura suegra le amenazó con romper



Justino saludó, salió y se fué á su despacho. Trabajó todo el día, pero nunca pudo acordarse del trabajo que había hecho.

Al salir de su oficina estaba tan contento, que no queriendo entretenerse en ir á su casa para almorzar, compró un panecillo y un poco de jamón y subió al imperial de su querido tranvía, donde comió aquellas provisiones y corrió á casa de Norina, con la rapidez de un tronco recién enganchado. Al bajar entró en un café y bebió cerveza, porque el jamón le había dado sed; después de tan parca comida llamó á aquella puerta ante la cual no se paraba nunca sin que le palpitara violentamente el corazón.

A través de la madera, oyó risas y una voz que creía no reconocer. Uno de los muchachos acudió á abrirle con la servilleta en el cuello, y Justino vió que todavía estaban comiendo.

Esta derogación en las costumbres de la casa, no le desagradó; por muy enamorado que estuviese el pobre muchacho, tenía hambre y la perspectiva de un poco de postre no le disgustaba; entró en el comedor, precedido de Raymundo que lo había anunciado, y quedó muy sorprendido de ver sentado junto á la señora Guerbois á un señor que no conocía.

Se hizo un pequeño movimiento de sillas, y sin que Lignón supiese el por qué, en vez de encontrarse, como de costumbre, sentado junto á Norina, cuya mano guardaba ordinariamente entre las suyas, se vió colocado entre el chico más joven y el señor Guerbois, frente á su futura suegra y lo más lejos posible de su prometida.

La conversación, interrumpida por su entrada, se reanudó pronto; el convidado era un hombre de treinta y cinco á treinta y ocho años; alto, grueso y fuerte,

con bigote espeso, ojos brillantes y dientes muy blancos, que refa á más no poder; con gran aplomo, satisfecho de sí mismo, nada tonto, aunque se creía más listo de lo que realmente era; le gustaba escucharse cuando hablaba; era jovial y buen compañero, comía con excelente apetito, bebía bastante y miraba á Norina con los ojos y los dientes, como á un melocotón á quien se mordería de buena gana.

—¿Quién será este animal?—se preguntó Lignón bastante alarmado. Pero éste no escuchaba jamás las primeras palabras que se le decían, de suerte que era necesario repetir cada frase para obtener una respuesta. Justino no se atrevió á intentar la aventura; tenía ser oído en medio de uno de esos silencios que se hacen, á veces, en una mesa.

Quiso interrogar á los ojos de Norina; pero nunca el pudor de ésta la protegía tanto; no miraba más que á su plato.

Lignón observó entonces que comían bastante bien. Para ser improvisado el festín, no dejaba de tener su brillo: un pavo traído de una repostería contrastaba horriblemente con la ordinaria economía de los otros días.

—Por él deben de hacer estos extraordinarios—se dijo, cada vez más descontento.

Una turbación extraña le invadía; esto se asemejaba tan poco al tranquilo hogar que solía encontrar, que creyó ser víctima de un sueño.

Al cabo de cierto tiempo concluyó por obtener algunas aclaraciones. El intruso se llamaba Luis Duval; era hijo de un albañil de la Creuse, cuya madre había amamantado á la señora de Guerbois.

Entre la madre y la hija habían subsistido algunas relaciones afectuosas; el muchacho acompañaba á su



madre cuando ésta venía á París en busca de niñas que criar, porque, aunque anciana, no abandonaba su profesión de criarlos á expensas de sus vacas y con la ayuda de un biberón. El muchacho empezó siendo albañil, como su padre; después, activo, vividor y algo inteligente, se convirtió en contratista de obras. Con quinientos francos, ahorrados con gran trabajo, había ganado de una sola vez cinco mil; éstos, en menos de diez y ocho meses, le habían producido cuarenta mil. Desde entonces se había lanzado en los negocios, y ahora se alaba de poseer trescientos mil francos sin tener que agradecer á nadie nada.

¡Trescientos mil francos! Los pequeños Guerbois con la boca abierta, redonda como una O mayúscula, miraban al señor que tenía trescientos mil francos.

Luis Duval continuaba la descripción de su epopeya.

En su reciente viaje á su país, su madre, á la que habían invitado en casa propia, le pidió noticias de los amigos Guerbois. No los había visto desde que era niño.

¿Cómo no se encontraba en París? Era preciso buscarlos para la anciana madre. El estaba empleado en las Aguas de la Ciudad; es fácil encontrar á un empleado cuando se sabe dónde presta sus servicios.

Por fin encontró á Guerbois, el cual lo convidó á comer, y he aquí por qué se encontraba allí; ¡qué contenta estaría la anciana madre cuando supiese que los Guerbois tenían dos hijos tan hermosos y una señorita tan linda!

Norina sonrió, se ruborizó y bajó la cabeza. De pronto Lignón experimentó un loco deseo de coger al contratista y tirarlo por la ventana; pero mirando las anchas espaldas del antiguo albañil, lo pensó mejor y

dirigió una mirada á su futura suegra para manifestarle su descontento.

Se hablaba, se hablaba, y nadie se movía. Guerbois había encendido su pipa; el visitante también. Las horas se deslizaban así, los niños se fueron solos á acostar, y se continuaba charlando en el comedor. A las diez, Duval sacudió su pipa y se levantó.

—Es preciso irse á descansar—dijo—cuando se está levantado desde las cinco de la mañana para vigilar á sus trabajadores; pero nos volveremos á ver, señora Guerbois. El domingo vendré á buscaros en mi break, é iremos á comer á Saint-Cloud, á la Tête-Noire.

Fué asunto decidido; Justino escuchaba poco; lo importante era que aquel hombre se marchase, y poder hablar del gran negocio.

—Amigo mío,—dijo la señora Guerbois á su esposo,—ve á acompañar un poco á estos señores.

—Quisiera deciros una palabra—dijo Justino aproximándose.

—Esta noche nó, querido,—respondió,—éstoy rendida. Otro día.

Lignón tuvo ganas de enfadarse, pero Norina lo miró tan amablemente que se sintió emocionado.

—Hasta mañana, entonces,—dijo tendiendo la mano á su prometida.

Esta alargó las puntas de sus dedos, que retiró vivamente al volverse Duval.

—Hasta la vista, señorita,—dijo éste con su ruidosa jovialidad;—¿se os podrá abrazar, verdad? señora Guerbois...

Y sin esperar respuesta, plantó dos besos sobre las mejillas de la ingenua, y, despidiéndose de la madre de ésta, pasó delante de Guerbois, que le esperaba en la antecámara.



—¿Vamos, Lignón?—dijo el padre de Norina,—han apagado el gas, aprovechad la luz de la lámpara para bajar si no queréis romperos la cabeza...

Justino le siguió, como un perro que sabe lo llevan á buscar el látigo que le va á castigar.

—¡Caramba!—se dijo, cuando se encontró solo en el tranvía,—todo el mundo la abraza, á lo que parece; ¡es triste eso!

## XVI

Al día siguiente, cuando volvió Lignón á casa de su amada, sólo le quedaba una especie de melancolía, á la manera de los niños que han llorado largo rato y que, aun después de consolados, siguen exhalando hondos suspiros; pero el mal humor de la víspera se había disipado ya del joven.

Llegó con el corazón contristado ante la idea del disgusto que Norina había debido de experimentar al verse así separada de él, y dispuesto á ganar el tiempo perdido.

La familia se hallaba reunida alrededor de la lámpara; como de costumbre, no había festín aquella noche; una especie de fastidio particular, propio del día que sigue á las grandes fiestas, parecía reinar en el pequeño comedor.

Norina, al ver á su prometido, hizo una pequeña inclinación de cabeza, sin sonreír; cuando se aproximó á ella, le tendió la mano tranquilamente con un aire que lo mandaba no solamente al Panteón, sino más allá del Val-de-Grâce, y cuando se sentó en la silla tratando de guardar entre las suyas, la mano prestada, pero no dada, ella se la retiró haciéndole com-

prender la imposibilidad de coser un vestido que corre mucha prisa, y, á la vez, dejarse acariciar por un prometido.

Tal introducción no era del todo apropiada para dar ánimos á nadie; Lignón paseó su desconsolada mirada alrededor de la mesa, todo el mundo parecía muy ocupado; sólo el padre Guerbois le envió una bocanada de humo de su pipa, como para alentarle; el buen muchacho respondió con una sonrisa, y, sintiéndose reconfortado, expuso con ciertas precauciones oratorias, la historia de su entrevista con la casa Corroyeur.

—Nada, pues, nos impide ya casarnos—dijo á modo de conclusión;—sólo falta vuestro consentimiento, y supongo que no querréis hacernos consumir, porque, realmente, nos estamos consumiendo; ¿verdad, Norina?

Norina no contestó y aumentó la velocidad con que hacía correr su aguja.

—Guardar un poco de discreción—dijo la señora de Guerbois;—no se dicen esas cosas delante de una joven.

Lignón se sintió despedido, no ya al Val-de-Grâce, sino más allá de las riberas que rodean á París. ¡Cómo! ¿De esa manera recibían la noticia que le había llenado de alegría? ¿Era ese el caso que hacían de sus esfuerzos?

Mucho le había costado pedir un anticipo, grande era la resistencia que á ello oponía su amor propio; podían habérselo negado, y al final de cuentas, resultaba más misericordiosa la casa Corroyeur que sus futuros suegros. No comprendía nada.

Después de un silencio que le pareció haber durado varios meses, Lignón oyó salir por los labios de la



señora de Guerbois, estas palabras terroríficas:

—Querido, no tenéis sentido común. No debíais haber llevado á cabo semejante petición, sin hablarnos de ella. ¿No os he dicho que Norina era demasiado joven, y que no queríamos casarla antes de un año? Habéis tomado bajo vuestra responsabilidad el obrar sin consultarnos; ¡peor para vos! ¡Esperaréis!

—Vamos á ver, querida señora,—insistió Lignón, cuyo fondo inflamable reapareció, al ver aquella contrariedad;—¿que he obrado precipitadamente? consiento en ello; pero eso no es más que cuestión de forma, y no impide...

La discusión se trabó y degeneró pronto en querrela, que ya no era la primera.

Cuando se hubo gritado bastante por ambas partes, se aplacaron y se dieron algunas satisfacciones recíprocas; pero la señora de Guerbois no se comprometió en nada y Justino no pudo arrancarle promesa alguna.

Norina no había dicho una palabra. Mientras se discutía en su presencia su porvenir, la niña enmudeció, y, algo más colorada que de ordinario, continuó agitando entre sus dedos la aguja, operación que no la seducía, pero que, sin embargo, realizaba con aparente tranquilidad.

Terminada la reyerta, le ordenó su madre que trajese agua y azucarillos, pues la discusión despertó sed en todos: obedeció Norina en silencio, y Lignón terminó acariciándola las manos, aunque no pudo encontrar sus miradas.

A las diez se marchó cabizbajo, descontento de sí mismo y de los demás, é impregnado de ese pesar, que á manera de aislamiento, sigue á las disputas habidas con personas á quienes se quiere, á las cuales,

sin haberles faltado en nada, se pide perdón. Entonces se nos antoja el mundo un vasto desierto en que nos encontramos frente á frente con nuestro adversario; mas sin podernos acercar á él, y debiendo resignarnos á la más espantosa soledad.

De regreso á su casa, en su frío cuarto, que le parecía inmenso, se acostó, entregándose á la meditación de su destino.

Todo lo veía muy negro y desconsolador; empezaba á reconocer su inútil gestión con la familia de Guerbois, se hacía cargo de la indiferencia de Norina ..

—¡No me lo puedo explicar—pensaba—porque, de todos modos, ella me ama!...

Y repetía las palabras «me ama»; pero con un cruel bosquejo de atormentadora duda.

Al mismo tiempo, su excitada imaginación se complacía en presentarle tristes escenas.

No podía olvidar las tan poco atendidas confidencias de la señora Breteuil, por más que procuraba desechar este pensamiento tan desagradable. Veía á Muriet con las manos en los bolsillos, negligente y egoísta, yendo y viniendo al Bosque de los Palomos, en un tiempo en que él ignoraba la existencia de la inocente Norina.

¿Qué sucedía entonces? ¿la besaba ya? ¿Por qué Lignón, que había empezado por negar rotundamente que Muriet la hubiese jamás besado, se decía ahora que, después de todo, no era un imposible? ¡Bien la había besado el contratista!

—¡Sí!—exclamó dando un gran puñetazo en la almohada,—ese albañil la ha besado; pero como se besa á una niña; eso no tiene nada que ver conmigo, ¡me ama! Sólo yo puedo alterar ese alma inocente, porque, en fin, la he visto turbada...



Meditó profundamente y concluyó por preguntarse:

—Pero ¿me ama?

¡Desgraciado! por ahí debió haber empezado tres meses antes.

## XVII

En casa de la señora de Guerbois se habían sucedido pequeños acontecimientos de no poca importancia. Eulalia dejaría de ser madre si, desde la llegada de Luis Duval á su humilde casa, no hubiese notado la agradable impresión que la belleza de Norina había producido en éste.

El buen hombre se alababa de haber usado y aun abusado de la vida, desde que la fortuna le había abierto una porción de puertas que no se abren más que con esa llave; pero por muy familiar que le fuese una vida independiente de preocupaciones, no había encontrado ingenuas en su camino.

—¡Esta pequeña!—se decía contemplando á Norina, admirado de lo que sentía.

Sí ¡aquella pequeña era el colmo de la atracción que puede ser ejercida sobre los hombres!

Parecía una niña; su delicado talle, sus cabellos, en largas trenzas, y la redondez infantil de sus mejillas, le hacían representar doce años; mientras que sus ojos azules, cándidos en apariencia, profundamente viciosos en realidad, y sus labios rojos y sensuales eran ya de mujer, y de una mujer que no ignoraba la vida.

Todo aquel bien fingido pudor y aquella modestia incomparable ocultaban picardías sin fin. De muy niña había pasado noches enteras escuchando la conversa-

ción de sus padres, en cuyo cuarto dormía; había oído y retenido juicios sobre la moralidad de las cosas y de los hombres. Cuando la creían dormida, aguzaba el oído y, más tarde, cuando tuvo su habitación independiente, se hubo acercado, más de una vez, de puntillas, para escuchar lo que de ella se hablaba.

Así pudo saber el encanto que tenían sus ojos azules; así, el poder de la inocencia, natural ó ficticia; y así, también, se decidió su vocación de ingenua, una noche en que después que su madre dijo á Guerbois «tan tonta como imprudente», entendió que añadía:

—¡Apostaría á que, con ese recato y esa carita, se casará con algún viejo rico! ¡Los viejos adoran á las niñas!

Norina se prometió que permanecería siendo una niña toda su vida, y, efectivamente, niña se había quedado. A esa edad en que toda joven se peina levantado el cabello y usa ya vestidos largos, Norina, sin disgustarse, conservaba sus trajecitos cortos y llevaba todavía el pelo suelto.

Al cabo de poco tiempo se convenció que algunos hombres, sin ser viejos, gustan también de las niñas. Muriel la había guiado en este nuevo camino. La había tratado como á niña, aprovechando la libertad que fingía encontrar natural á esa edad, para captarse su simpatía. Un día en que se apoderó de ella el deseo de jugar á la señorita formal y cambió su tocado, el arquitecto le quitó, sin cumplido, la peineta, y pasando sus manos por sus cabellos flotantes, le dijo:

—Continuad siendo niña, no sabéis lo que perderíais con ser una mujer de dieciséis años como las demás, de esa edad.

La lección había producido su fruto. De aquí provenían la inocencia y las miradas de asombro, las son-



risas indecisas y el voluntario abandono de sus manos á quien quisiera estrecharlas, porque el niño ignora el peligro y no sospecha la tentación, ni siente las emociones que inspira. ¡Dichosa naturaleza que tan bien aprovechaba los consejos!

Luis Duval, que tenía treinta y ocho años y representaba á lo sumo treinta y dos, se sintió como herido por un rayo, al ver las tiernas turquesas levantadas sobre él, cuando entró en aquella casa.

¿Cuál era ese sentimiento extraño que experimentaba por primera vez? No se dió cuenta, porque era incapaz de dársela; pero se quedó emocionado, y no pudo abstenerse de mirar, sin tregua, á la causante de tan fuerte impresión.

Eulalia, más lista de lo que parecía, lo adivinó á los diez minutos. Además, al contacto de su futuro yerno, había adquirido, con pasmosa rapidez, ciertas nociones de mundo y de percepción.

—Tú—decía para sus adentros, contemplando á Duval, con esa banal sonrisa de la dueña de la casa satisfecha de la comida que ofrece,—harías cualquier cosa por probar este sabroso bocado. ¡Ya veremos!

Y ante esta nueva esperanza y á partir de este momento, fué sacrificado Justino en la imaginación de la señora de Guerbois.

Norina no había dicho una palabra ni hecho un gesto; pero su madre no se inquietó. Conocía á su hija y sabía que era lo que se llama razonable. El domingo, á las diez, el coche del contratista estaba á la puerta de la casa, con gran alegría de los muchachos del barrio.

No era un carruaje de gran lujo, y un lacayo de buena casa hubiese tenido que decir de sus arreos; pero el caballo, un poco pesado, era un hermoso ani-

mal de tiro, capaz de estar todo el día y en caso de apuro, toda la noche sobre sus pies.

La familia entró en el vehículo; el señor Guerbois subió al pescante, al lado del propietario. El caballo partió al trote largo para Saint-Cloud, sin preocuparse, al parecer, del peso que arrastraba.

Los niños lanzaban alegres gritos al presenciar el ilusorio desfile de los árboles que adornan la avenida del Bosque de Bolonia y considerarse transportados por un coche particular; pero este coche producía muy diferente efecto en Norina y en su madre, las cuales, muy serias, guardaban el más profundo silencio.

De vez en cuando el contratista volvía la cabeza y miraba cariñosamente á Norina; ella correspondía con una deliciosa sonrisa. Esa sonrisa había servido ya para Muriel, para Lignón y para Reyer; pero, así como es grande y grata la sensación de quien por primera vez contempla un panorama alpino, que ha sido, sin embargo, admirado por millares de personas antes, así también Duval se extasiaba enorme y deleitosamente ante la furtiva sonrisa y la cándida mirada de la niña ingenua.

Llegaron á la *Tête-Noire*; el contratista cuidó, por sí mismo, de su caballo, cuyo valor conocía; luego penetró en la fonda y encargó la comida, y después, con toda la familia, se aproximó á la orilla del agua para ver pescar con caña, dejando la visita al parque para mejor ocasión.

Norina caminaba con paso incierto, pues se encontraba algo mareada por aquel paseo al aire libre.

—Apóyate en mi brazo—dijo su madre, en voz bastante alta, para ser oída.

—¡No lo puedo permitir!—dijo galantemente Duval,



apoderándose de una mano enguantada que hizo pasar bajo su brazo.

El sombrero de la ingenua ocultó un instante su dulce rostro. Muriel, Lignón y Reyer conocían este movimiento; pero como para el contratista era nuevo, quedóse también admirado.

—¡Vaya una niña!—pensó—¡qué deliciosa!

Un aire desapacible, preludio del próximo invierno, les obligó á retroceder; y pronto se veía instalada la familia en una mesa, de un entresuelo, dando comienzo á opíparo banquete.

Las risas de los muchachos atrajeron primero la atención de los comensales instalados en las otras mesas cercanas, los cuales se fijaron luego en Norina, que obtuvo un gran triunfo, no porque realmente fuese hermosa, sino por aquella encantadora inocencia, que tan raramente se puede encontrar en la edad que tenía la joven.

En Dieppe, en sociedad, pasaba inadvertida, porque no era nada ni nadie; pero aquí, en un *restaurant* muy en boga, los hombres, acostumbrados á mirar curiosamente á las mujeres que no van más que para ser miradas, saboreaban el atractivo de este rostro cándido, del mismo modo que algunos gastrónomos prueban la crema, por afición á la novedad.

Sintiéndose admirada, Norina estuvo á punto de desentonar; es preciso convenir en que no era suya la culpa; en su papel de prometida, había adquirido cierto aplomo precursor de la admiración futura, y no era muy cómodo volver sin transmisión á los antiguos ejercicios de su adolescencia; emitió algo vivamente dos ó tres opiniones que no estaban de acuerdo con su modestia virginal; pero su madre supo advertirla atizándole un puntapié por debajo de la mesa; además,

Luis Duval no estaba bastante acostumbrado á las conversaciones mundanas, para notar este contraste. El decía cuanto le pasaba por la imaginación; ¿por qué los demás no habían de hacer lo mismo?

La atención de que Norina era objeto, halagó la vanidad de Duval, orgulloso de ser el anfitrión de tan adulada joven. El *restaurant* le era sumamente conocido y había llevado á él más de una linda señorita; pero era la primera vez que conseguía semejante triunfo.

Así se mareó un poco: sin contar el vino blanco indispensable para las ostras, había vaciado con el señor Guerbois una botella de *Clos-rougeot*, que le calentó algo la cabeza; los muchachos también se tambaleaban ligeramente; la proposición de un paseo por el parque no pareció sonreír á nadie.

—¡Iremos al bosque!—dijo victoriosamente Duval; —nos pasaremos toda la tarde, y os enseñaré todos los rincones. ¡Como vais en coche no os cansaréis!

Bajaron; Duval cuidó de ver si su caballo estaba bien cuidado, buscó con los ojos á sus amigos para hacerlos subir, y no encontró cerca de sí sino á Norina. Parada ante el caballo, adelantaba tímidamente la mano hacia el bocado.

—No muerde, señorita; podéis acariciarlo—dijo el contratista encantado.

Norina tocó con las puntas de los dedos el pelo del alazán; después aproximó su mano un poco más.

—Parece que se acostumbra á mí—dijo la ingenua.

—¡No tardaría mucho tiempo en conoceros!—respondió atrevidamente Duval. —Vais á subir á mi lado en el pescante, y os enseñaré á guiar, ¿queréis?

Norina se ruborizó y no contestó. La familia Guerbois llegaba en pleno.



—Me llevo á la señorita Norina conmigo,—dijo— vamos á enseñarle á tener las riendas.

—¡Oh!—dijo la señora de Guerbois, dando señales de temor por su hija.

—No tengáis miedo, estoy á su lado; además, el caballo es manso como un cordero, cuando no lo maltratan.

—No será Norina quien maltrate á nadie—dijo la madre con sonrisa de orgullosa ternura.

Norina, sostenida por su galante caballero, se encaramó al pescante, no sin enredarse un poco en el vestido; pero esto es necesario, á menos de pasar por un marimacho; partieron, y una vez pasado el puente, Duval puso las riendas en las tímidas manos de su bella compañera.

De vez en cuando, acaso más á menudo de lo necesario, el ex albañil arreglaba las bridas en las manos de la joven.

Un solo incidente, un encuentro en una avenida poco concurrida, empañó la satisfacción de Norina, si bien ésta guardó gran reserva sobre tal punto.

El caballo, que empezaba á encontrar ya algo pesada á la familia de Guerbois, marchaba al paso, con la cabeza baja. Un elegante tilbury, arrastrado por un soberbio caballo, venía en sentido inverso, hábilmente guiado por manos firmes y finas...

Norina miró el caballo, que le pareció magnífico, vió las manos y al subir un poco más su vista, palideció intensamente, y su rostro se alteró de repente, contrayéndose todas sus facciones, como las de un animal vencido.

Edmundo Reyer sostenía las riendas de aquel carruaje, y á su lado, se veía á Rosina, con los ojos brillantes, los labios sonrosados, y que á pesar de las

irregularidades de su rostro, estaba seductora, preciosísima, divina.

Edmundo, más hermoso que nunca, correctamente vestido de color oscuro, su rostro radiante de alegría; ella, muy bien equipada, elegante, rica, feliz.

Era evidente que se habían desposado; ¡casados y dichosos! Norina quiso desviar la mirada; pero no lo hizo á tiempo. Reyer se quitó el sombrero, con la fría política de un hombre bien educado; Rosina se inclinó ligeramente, y desaparecieron.

—¿Los conocéis?—preguntó el contratista á su vecina.

—Los he visto en Dieppe este verano—respondió la ingenua, cuyas mejillas habían recobrado su color.

—¡Bonito animal!—dijo Duval, volviéndose para mirar al caballo—no deben tener mucha fuerza esos animales de lujo; pero son agradables á la vista. ¿No sabéis cuánto les ha costado?

—No—dijo Norina, mirando el camino que se extendía ante ella.

Se pasearon hasta la caída de la tarde; hacia las seis; todos tenían frío, y se encontraban algo pesados.

El breack dejó á los paseantes frente á la puerta de la señora de Guerbois, y se separaron amigablemente.

El contratista esperaba quizá recibir una invitación á comer; se quedó un momento indeciso, después volvió á subir en su carruaje, mientras Norina desaparecía por la puerta, llevando de la mano á sus hermanitos.

No fué por prudencia por lo que la señora Guerbois no invitó á Duval á quedarse con ellos; sino porque Lignón consagraba religiosamente á sus amores toda la tarde del domingo.



En efecto, estaba arriba, más enamorado, más solícito que nunca, con el corazón oprimido, y dispuesto á desquitarse de todas las alegrías que le habían robado aquella triste semana. La tarde no le trajo sino un desengaño más; los niños, medio dormidos y gruñones, los padres cansados y taciturnos, Norina seria y extraordinariamente severa, en el capítulo de las conveniencias; todo esto formaba un conjunto sin alicientes, y Justino casi se alzó al verse solo.

Evocó en su memoria los dichosos recuerdos de su amor, tratando de recordar los días en que se creyó amado; aquellos felices momentos en que acariciaba con sus manos, las temblorosas manos de su prometida... Pero su memoria rebelde se empeñó en no hacerle ver más que escenas confusas, donde no podía encontrar un solo momento de verdadera dicha.

—Es extraño,—se dijo melancólicamente—se cree uno feliz y no lo es... ¿Lo seré algún día? Temo tener un carácter raro...

## XVIII

El jueves siguiente, hacia las cuatro de la tarde, el contratista, que había hecho ya tres visitas á la familia, desde el domingo, llegó á casa de la señora de Guerbois y le dirigió el siguiente discurso:

—Señora: he tenido el honor de deciros que poseo trescientos mil francos; sería seguramente poco, si sólo contase con eso; porque en esta época no se es rico con doce mil francos de renta.

La señora de Guerbois abrió unos ojos enormes; pero no dijo nada.

Esto no es más que la seguridad contra los acci-

dentes ó las quiebras; pero tengo otros novecientos mil francos en varios negocios, y de aquí á seis meses, espero, ascenderán á un millón y medio: como veis, no juego fuerte y me contento con un beneficio razonable. Tengo treinta y ocho años, es verdad; pero tengo buen pie, buen ojo, hermosos dientes y magnífica salud; no soy malo ni vicioso, y quiero casarme para plantar simiente de gente honrada. ¿Queréis darme vuestra hija?

La señora de Guerbois, que encontró el preámbulo, bastante largo, se contestó con responder:

—Señor mío, vuestra petición nos honra; ¡pero Norina es tan joven! Pensad en la diferencia de edad.

—He pensado en ello, y he visto algunos más viejos que yo, que no han creído hacer una tontería casándose con señoritas muy jóvenes, y además, ¿qué queréis? no puedo quitarme los diez años que me encontráis de más. Por consiguiente es preciso dejármelos.

—Mi hija no tiene un cuarto de dote—repuso Eulalia;—se diría que la hemos sacrificado...

—¡Sacrificado! exclamó el ex albañil riéndose á mandíbula batiente.—Concedédmela y veréis, al cabo de quince días, si la habéis sacrificado; os aconsejo que lo penséis detenidamente. Es demasiado linda para casarse con un pobre; le hace falta fortuna y la tendrá. ¡En fin miradme! ¡me parece que no será digna de lástima!

—Hablaré de ello á mi marido,—dijo la muy pícara fingiendo tristeza;—pero...

—Le hablaré yo mismo—repuso el nuevo enamorado de Norina.

—¡Guardaos bien! No sabríais como hablarle,—exclamó la señora de Guerbois con vivacidad—nos-